

# Algunas máscaras lejanas

En La Cala. De julio a septiembre de 2006. Calle letra B, 27. 50269 Chodes

La máscara, dotada no sólo de una significación sino de un poder operante, se sitúa en el corazón de lo que se ha convenido en llamar “animismo”, conjunto de conceptos y de prácticas basadas en la animación del cuerpo humano por principios que le sobreviven, así como en la adhesión a los constituyentes más visibles del ambiente en el seno del cual se mueve –cada animal- por ejemplo, cada pedazo de tierra o cada accidente notable, arroyo o lago, peñascal, árbol, etc.; principios con los que se ha de contar, como se debe con el alma y la fuerza vital que, disponibles después de la muerte del individuo al que estaban unidas, se mostrarán benéficas o maléficas según se las haya tratado o no de manera adecuada. Esencialmente, las máscaras son receptáculos de fuerzas de ese orden, nocivas si se ignora cómo manejarlas, pero que, debidamente canalizadas, pueden ser utilizadas para operaciones variables según los casos: por ejemplo, realización de ritos concernientes a los difuntos o a las potencias dueñas del suelo, o bien ejercicio de funciones de control social o de policía. A sus prototipos generalmente considerados como provenientes de otro mundo que el de los hombres vivientes, se añadirán, en muchos casos, o sustituirán, al correr del tiempo, otros tipos cuya multiplicidad responde, en gran parte, tanto a las exigencias de un simbolismo complejo como a la diversidad de las necesidades mágico-religiosas que, en virtud de las circunstancias, llevaban a crear nuevos modelos.

LEIRIS, M. y DELANGE, J.: *África negra*. Madrid, Aguilar, 1967

También entre los kobéua las fiestas de los muertos dan motivo para danzas con máscaras. Éstas empiezan hacia las tres de la tarde, con la misma introducción dramática del Aiarý. Los enmascarados llegan de la selva, desde el río, y atacan la maloka, otros enmascarados tratan de evitarlo, pero sin éxito. La danza con máscaras dura hasta la mañana siguiente. Entonces las máscaras se colocan en bastones en la explanada del pueblo, se amarran de las mangas por medio de las colgaduras de corteza y se incendian. La larga hilera arde bajo los gritos de todo el grupo de duelo. Sólo se guardan algunas pocas máscaras que se transforman en sacos, en los cuales se guardan calabazas y utensilios. (...)

Todas las máscaras representan demonios. La fantasía de los indios puebla toda la naturaleza con espíritus buenos y malos que ejercen gran influencia sobre la vida y la muerte. El indio no atribuye las enfermedades a causas naturales, sobre todo las que no se pueden explicar. En general, atribuye la muerte y la enfermedad, como todos los desastres, incluida la muerte de los compañeros de grupo para los que se celebra la fiesta de las máscaras, a la venganza de un mal espíritu o a un enemigo dotado de poder demoníaco. Esta búsqueda de la causa personificada de todas las tristezas y alegrías se manifiesta en las danzas de máscaras. Aquí aparecen hablando y actuando todos los espíritus con su séquito de animales del agua, de la tierra y del aire, que a su vez representan demonios y distintas clases de animales y, en parte, utilizan para ello una excelente mímica.

El demonio está en la máscara, encarnado en ella; para el indio la máscara es el demonio. Cuando yo preguntaba a los kobéua sobre la significación de tal o cual máscara, siempre decían: “Ésta es la mariposa, el pez aracú, el mákukö”, etc., y nunca: “Ésta es la máscara de la mariposa, del pez aracú, el mákukö. El demonio de la máscara se transfiere al bailarín que se disfraza con ella. A la mañana siguiente, a la salida de la fiesta de los muertos, cuando las máscaras ya han ardido, los demonios abandonan su pasajero lugar de estadía y se dirigen a Táku, el más allá de las máscaras, o a su vivienda, situada en otra montaña en un rápido.

KOCH-GRÜNBERG, Theodor: *Dos años entre los indios*. Bogotá, Editorial Universidad Nacional, 1995

Las máscaras hechas con tejido de árbol aparecen esporádicamente al través de la vasta región del Amazonas. Las que proceden de la región noroccidental del río, hechas por los pueblos tacuna, cubeo y witotos, destacan por su valor estético y merecen el orgullo del lugar. El uso y la costumbre asumen extraordinaria variedad. Entre los cubeos, las máscaras representan a veces a un demonio que destruye las cosechas y al cual tienen que rendir atributos; otras retratan animales, aves y espíritus mitológicos que se ciernen en rededor de las ceremonias funerarias. Entre las de los tacunas, hay máscaras que se usan en los

ritos de la pubertad. Después de haber cesado las ceremonias, las máscaras del Amazonas suelen ser casi siempre destruidas. En cuanto al estilo, cada grupo de máscaras tienen sus propias variaciones en los dibujos centrales. Las máscaras de los witotos y los cubeos, que son de tejido de árbol y de forma cónica, poseen un extraño parecido con las máscaras duk-duk de Nueva Bretaña.

FRASER, Douglas: *Arte primitivo*. México, Editorial Herrero, 1962

Un jefe primitivo no solo se disfraza de animal; cuando aparece en los ritos de iniciación con su disfraz completo de animal es el animal. Aún más: es un espíritu animal, un demonio terrible que realiza la circuncisión. En tales momentos, incorpora o representa al antepasado de la tribu y del clan y, por tanto, al propio dios primordial. Representa, y es, el animal "tótem". Así es que no nos equivocaremos mucho si vemos en figura del hombre-animal danzante de la cueva de los Tríos Frères una especie de jefe que se ha transformado, con su disfraz, en un demonio animal.

Con el transcurso del tiempo, el disfraz completo de animal fue remplazado en muchos sitios por máscaras de animales demonios. Los hombres primitivos prodigaron toda su habilidad artística en esas máscaras, y muchas de ellas aún no han sido superadas en el poder e intensidad de su expresión.

Con frecuencia, son objeto de la misma veneración que el dios o el propio demonio. Las máscaras animales participan en las artes populares de muchos países modernos, como Suiza, o en las máscaras de magnífica expresividad del antiguo drama Japonés No, que aún se sigue representando en el Japón moderno. La función simbólica de la máscara es la misma que la del originario disfraz animal. La expresión humana individual queda sumergida, pero, en su lugar, el enmascarado asume la dignidad y la belleza (y también la expresión horrible) de un demonio animal. En lenguaje psicológico, la máscara transforma a su portador en una imagen arquetípica.

JUNG, Carl G.: *El hombre y sus símbolos*. Barcelona, Paidós, 1995

Sería pues ilusorio imaginarse, como tantos etnólogos e historiadores del arte siguen haciéndolo todavía hoy, que una máscara y, de manera más general, una escultura o un cuadro, puedan interpretarse cada cual por su cuenta, por lo que representan o por el uso estético o ritual al que se destinan. Hemos visto que, por el contrario, una máscara no existe en sí; supone, siempre presentes a sus lados, otras máscaras reales o posibles que habrían podido ser escogidas para ponerlas en su lugar. Discutiendo un problema particular, esperamos haber mostrado que una máscara no es ante todo lo que representa sino lo que transforma, es decir elige *no* representar. Igual que un mito una máscara niega tanto como afirma; no está hecha solamente de lo que dice o cree decir, sino de lo que excluye.

LÉVI-STRAUSS, Claude: *La vía de las máscaras*. México, Siglo XXI editores, 1981.

La razón única y esencial de la «idealidad» típica, tan frecuentemente admirada, de aquellas famosas figuras es que detrás de todas esas máscaras se esconde una divinidad. No sé quién ha aseverado que todos los individuos, como individuos, son cómicos y, por tanto, no trágicos: de lo cual se inferiría que los griegos no *podieron* soportar en absoluto individuos en la escena trágica. De hecho, tales parecen haber sido sus sentimientos: de igual modo que se hallan profundamente fundadas en el ser helénico la valoración y distinción platónicas de la «idea» en contraposición al «ídolo», a la copia. Mas, para servirnos de la terminología de Platón, acerca de las figuras trágicas de la escena helénica habría que hablar más o menos de este modo: el único Dioniso verdaderamente real aparece con una pluralidad de figuras, con la máscara de un héroe que lucha, y, por así decirlo, aparece preso en la red de la voluntad individual.

NIETZSCHE, Friedrich: *El nacimiento de la tragedia*

El actor "crea un rostro", y debiera crear todo el cuerpo, del personaje. Diversas contracciones y dilataciones de músculos faciales son las expresiones, juegos fisonómicos, etc. No se ha pensado que los músculos siguen siendo los mismos bajo la cara fingida y maquillada, y que Mounet y Hamlet no tienen cigomáticos semejantes a pesar de que anatómicamente se considere que no existe más que un hombre y que se predique que las diferencias son despreciables... En mi opinión, el actor deberá sustituir su cabeza, mediante una máscara que la encierre, por la efigie del PERSONAJE, la cual no tendrá como en la Antigüedad, apariencia de tristeza o de alegría (que no representan un carácter), sino la correspondiente al carácter del personaje: el Avaro, el Indeciso, el Insaciable que amontona crímenes, etc.

JARRY, Alfred: "De la inutilidad del teatro en el teatro", en *Mercure de France* (septiembre 1986)